

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS - 23 OCTUBRE 1958
NÚM. 554 AÑO XI

O más engrase, o un mecanismo más simplificado



Quien más quien menos, todos hemos tenido necesidad de cursar documentos por vía burocrática. El que más por su profesión o negocio, siendo esta tarea requisito obligado de sus actividades. Y si la amplitud de su empresa lo impone, tendrá que tener incluso en su oficina la sección encargada de despachar tales menesteres. Es más; si es mucho el papeleo oficioso que tiene que cumplimentar tendrá que acudir a alguna de las agencias especializadas en estos trabajos. Agencias cuya misión es servir de enlace entre la empresa privada y los organismos estatales, y sin cuya mediación se hace a veces difícil y lenta la tramitación de los documentos.

Los que menos necesitan de tales requisitos son los particulares, los que trabajando por cuenta ajena solo precisan de papel con póliza cuando les piden un certificado oficial para algún asunto de índole familiar, cosa que a muchos sólo les ocurre en contadas ocasiones en la vida; al querer tomar estado matrimonial, por ejemplo.

Sea como sea, en mayor o menor grado, nadie puede eludir esa necesidad de acudir un día u otro a una mesa burocrática en demanda de una firma o un timbrado para formalizar un contrato o atestiguar ciertos pormenores de su condición social. Y en cuanto llega ese momento, preséntase al no versado en estos tejemanejes una nueva preocupación a las otras que pueda tener por el asunto que le afecta: la de como será atendida su solicitud; si se le dará un curso regular e inmediato y obtendrá su petición en

el tiempo justo, o si, por el contrario, cuando llegue su misiva al departamento respectivo en espera de turno tendrá la mala suerte de coincidir con la llegada de otras numerosas peticiones y quedará sepultada bajo un montón de papeles haciéndosele difícil volver a la superficie para ser atendida.

Porqué lo que ocurre en estos casos es digno de remarcarse. Por un lado hay una persona interesada en un asunto de posible trascendencia para ella, quizá decisivo, y de cuya pronta resolución puede depender su destino. Por otro, un empleado que realiza su rutinario trabajo, ajeno por completo a las razones sentimentales o económicas que al otro atañen. Entre los dos existe un abismo de indiferencia y de neutra afectividad. Sin que esto quiera decir que el funcionario no cumpla su deber. Con su deber estricto y mecanizado, sujeto a un horario fijo y con sus peculiares preocupaciones. Pero ante el caso particular que al otro afecta no puede, por los muchos casos que tiene que atender, dedicarle una mayor atención, ya que de hacerlo así sería en detrimento de la atención que debe dedicar a los demás, y también, porqué, como buen funcionario, debe ser imparcial y no mostrar preferencias en los trabajos que llegan a su mesa.

Resultado de todo eso que el tiempo pasa inexorable, el solicitante se impacienta, y si el asunto que le conviene resolver le urge tiene que recurrir al final a una tercera persona para que interceda a su favor, a cambio de una retribución sea esta monetaria o en forma de agradecimiento.

De ahí que sean muchos los que al presentárseles una cuestión que exija intervención burocrática acudan de buenas a primeras a las agencias especializadas para que se la resuelvan. Sin que esto signifique, por otra par-

Sintetico

Desnudez Invernal

Cuando han desaparecido ya las últimas desnudeces veraniegas con la llegada de la «tramon-tana», he aquí que aparece en escena otra desnudez: la de la ciudad. Mas esta desnudez que a simple vista parece traernos consigo la tristeza de algo que se ha ido, resulta que nos cubre a todos, amorosa y delicadamente, con algo tan consubstancial como son la ética social y el retorno a la familia.

De ahí que a la llegada de tal desnudez, salgan los hombres a recibirla con distinguido atuendo. De color oscuro, éste. Camisas abrochadas con la correspondiente corbata. Los ademanes, si fueron exagerados, ahora son comedidos, atenuados,

Las mujeres visten... Bueno, esto puede ser el punto final.

Y luego viene la reclusión en el hogar, porque la desnudez invernal no permite la algarabía callejera. Todo el mundo a casita, que de puertas hacia fuera ya se cuida ella, con sus amigos los elementos inclementes. Todo esto equivale, en definitiva, al retorno del buen orden en las familias.

¿Y la mujer? ¡Ah! La mujer, o una parte del elemento femenino, sale a recibir la desnudez invernal, no con otra desnudez suya, pero si con algún vestido que sigue al pie de la letra los dictados de la última moda. Dictados, que muchas veces están reñidos con la belleza o esbeltez de la mujer, si, viendo, en cambio, para menospreciarla o ridiculizarla en lugar de hacerla más admirable, como se instituyó desde los primeros tiempos.

te, en todos los casos la obtención de una tramitación más rápida, pues habiéndose generalizado el procedimiento, el problema retorna a su primitivo carácter, o sea, que la premura de la mayoría hace imposible una resolución rápida para todos.

Así marchan las cosas, y así hay que aceptarlas mientras no se halle la manera de lubricar el engranaje burocrático o simplificar más su mecanismo. No hay otra solución. No fácil, a lo que parece, por ahora.

Xavier.